

sias, niégase el bautismo, se desprecia la penitencia... Pronto estoy a esgrimir contra los malvados la espada que Dios puso en mis manos; pero mis fuerzas no alcanzan; el error inficiona a mis principales vasallos... No bastan las armas espirituales; nay que emplear las materiales; venga el rey de Francia; le abriré villas, plazas y castillos, le señalaré los herejes, le ayudaré hasta derramar mi sangre para aplastar a los enemigos de Cristo."—No eran sólo daños espirituales los que temía el conde de Tolosa: grave era el peligro social; triste y anárquico el estado de aquellas comarcas. Proscribiendo el matrimonio, abrían los maniqueos la puerta al libertinaje; los principios panteístas y fatalistas, grosera y literalmente aplicados por las masas, atacaban al derecho de propiedad y destruían la noción de responsabilidad moral, de suerte que, en vez del apacible falansterianismo valdense, reinaban entre los herejes del Mediodía la depredación, el robo y la violencia. Cada castillejo señorial era madriguera de donde salían las bandas llamadas de *brabanzones* a despojar y quemar las iglesias, talar y arrasar la campiña; más tarde se les agregaron los *ruteros mercenarios*, antecesores de nuestros contrabandistas, caros a los magnates albigenses, precisamente—escribe una gallarda pluma (23)—a causa de su impiedad, que les hacía insensibles a las censuras eclesiásticas. No tenía el Catolicismo en aquellas provincias ni el antemural del clero: su relajación le había despojado de todo prestigio (24); ni ofrecían espectáculo más edificante los nobles (25), ni la división en pequeños Estados, gobernados cada cual al capricho de su señor, era propia para contener la anarquía religiosa y civil.

Quiso el grande Inocencio III atajar el daño, cuya magnitud comprendía, y prefiriendo emplear medios suaves, antes de desenvainar la espada, como deseaban los reyes de Francia e Inglaterra, envió legados

a las comarcas meridionales; el fruto de la legación fué escaso; más lograron dos españoles que casualmente se hallaban allí y por todas partes iban clamando contra los maniqueos: el anciano Diego de Acebedo, obispo de Osma, y un mancebo su acompañante, Domingo de Guzmán, después fundador de la Orden Dominicana. Pedro de Castelnau, el legado pontificio que había anunciado que la religión no florecería en el país occitano hasta que lo regase la sangre de un mártir, bañó con la suya las orillas del Ródano: un escudero del fautor de los albigenses, el conde de Tolosa, le hundió en el pecho su daga. Pero no fué aquella sangre más que primer gota de los anchos arroyos que había de costar al Languedoc la herejía.

Al llegar a este punto observa un historiador (26): —“Este gran cisma, en que tomaron parte todas las clases y categorías sociales, parece que no podía extinguirse sino por medio de un golpe formidable descargado sobre la población en masa, una guerra de invasión que arruinase el orden social.”—Vino la guerra, y vino tremenda, sin cuartel ni misericordia. A la voz de Inocencio III, que decía al rey de Francia: “Levántate, soldado de Cristo; levántate, príncipe cristianísimo”,—se reunió como por ensalmo un ejército, una cruzada de guerreros de todo linaje y nación, pero en especial franceses y flamencos, que ostentaban en el pecho la cruz roja: un poeta contemporáneo (27) hace ascender el número a doscientos mil, sin contar—añade—ciudadanos ni clérigos.—Marchan sobre Beziers, cuyo señor no quiso imitar el ejemplo del de Tolosa, sumiso ya a los jefes de la cruzada. Inútilmente entra el obispo de Beziers en la villa para exhortar a los habitantes a la rendición: sólo logra que salgan con él algunos católicos. Mientras los jefes de la cruzada deliberan sobre la resolución que han de adoptar con Beziers, los sitiados

hacen una salida, despedazan a un cruzado, le precipitan de un puente, y traban ligera escaramuza con las avanzadas sitiadoras. Entonces los truhanes, los famosos *goujats*, criados del ejército, ejecutaron tremenda hazaña: oigamos cómo la narra el poeta:—“Cuando el rey de los truhanes hubo visto la escaramuza..., llamó a los truhanes todos, gritando: ¡al asalto! Al punto corren los truhanes y se arman con sendas porras, sin otra defensa alguna. Son más de quince mil; todos descalzos, todos vestidos de blusa y calzones: se ponen en marcha, rodean la villa para derribar los muros; se arrojan en los fosos; unos manejan el pico, otros rompen las puertas. Viendo lo cual, los ciudadanos comienzan a aterrarse, y rechazados de la muralla por los cruzados, que se arman a toda prisa, toman a sus hijos y mujeres y se refugian en la catedral. Sacerdotes y clérigos se revisten, tocan las campanas como para el oficio de difuntos; pero antes de celebrarse la misa entran en la iglesia los truhanes; ya penetraron en las casas, matando, acuchillando cuanto encuentran. Degüellan hasta a los refugiados en la catedral; no les valen altares, cruces ni crucifijos. Los truhanes, los miserables, los bufones, mataron a clérigos, niños, mujeres; pienso que ni uno escapó con vida.”—A poco, no quedaba de Beziers sino enorme montón de escombros y cenizas, y algunas espirales de humo que subían hasta el cielo. Así terminó el acto de la tragedia, cuyo desenlace fué la batalla de Mureto, ganada por el heroico Simón de Monforte, donde quedaron deshechos los últimos restos de la nobleza albigense y muerto el rey de Aragón, que les auxiliaba. Completóse la nacionalidad francesa con el Languedoc, y según la poética frase de Cantú—“sucedió el silencio a los serventesios de los trovadores”.

Había autorizado Inocencio la cruzada; pero no las crueldades, que, por otra parte, no faltaban en

ninguna empresa guerrera de aquellos siglos, y aun de estos. Lejos de aprobar la matanza, continuamente exhortaba a la clemencia; tendió su mano protectora sobre las inocentes cabezas de los hijos de los príncipes albigenses, y les restituyó sus dominios, que fácilmente hubiese podido agregar a los Estados de la Iglesia. Tanta era la moderación del Papa, que acaso, si los cruzados se atienen a sus instrucciones, nunca someten el Languedoc: hermosa benignidad en un vicario de Cristo que reúne tan altas dotes políticas como Inocencio III.

Con no menor constancia que Inocencio, reprochaba más adelante Gregorio IX las violencias ejercidas en los sediciosos herejes de Tolosa (28). Por lo demás, quien leyere estas páginas sangrientas de la Edad Media con el propio criterio que leería la sección de noticias de un periódico contemporáneo, no las entenderá nunca. Es preciso hacerse cargo de las costumbres y carácter de la época, y recordar que ni vencidos ni vencedores se paraban en cadáver más o menos: ya conocemos la suerte de Pedro Parente y Pedro de Castelnau: en Provenza los albigenses no desperdiciaban ocasión de exterminar a todo fraile que cogían solo en ciudades o campiñas: el conde de Tolosa manda ahorcar de un nogal a su propio hermano Baldovinos, por defender la causa católica, y el conde de Foix ayuda a colgarle y alzarle del suelo para que la estrangulación se efectúe. Únicamente la Iglesia protesta de tales horrores; la luz de la conciencia arde en ella inextinguible, como la lámpara del santuario. No realiza en breve tiempo la obra gigantesca de desarraigar la barbarie, porque todo progreso moral es lento, y el poder de los pontífices, aunque tan extenso, ni un instante deja de ser combatido de recias tempestades y limitado por otros poderes subalternos, pero numerosos: emperadores, monarcas, señores feudales, tan pronto aliados como

enemigos, y hasta obispos y clero, que también en la jerarquía eclesiástica halla a veces el Pontificado contradicción. Al reprochar la Iglesia las hecatombes de la guerra albigense, instituye la Inquisición, que en vez de aquellas carnicerías, estableció procedimientos judiciales más perfectos y equitativos que cuantos empleaban entonces los tribunales ordinarios (29). Algo significa el hecho de que los países donde más funcionó la Inquisición se hayan visto libres del azote de las guerras religiosas; algo también el que la Inquisición romana haya sido la más benigna (30).

¿Qué papel desempeñó la Orden Franciscana en la historia del maniqueísmo occidental? De su seno salieron los inquisidores y calificadores de la herejía pravedad, que en compañía de los dominicos recorren los países donde abundan los albigenses, y a veces pagan con la vida su celo, como ocurrió a Esteban de Narbona y Raimundo Carbonario, despedazados con otros siete inquisidores de la Orden de Santo Domingo, en el mismo palacio del conde de Tolosa (31), donde se hospedaban, y a Pedro de Arcagnano, degollado en Milán por orden de Manfredo de Sesto, jefe de los patarinos lombardos. No obstante, los dominicos figuran en mayoría como inquisidores, cosa natural dada la índole de su Orden. De cuatro maneras fué combatido el error: con las armas y la ley, género de persecución que ejercieron las potestades seculares, considerando a la herejía delito de lesa majestad y atentado a la paz pública (32); con los castigos espirituales, excomuniones, entredichos, que fulminaba Roma; con la teología, la filosofía y restablecimiento de la pureza del dogma, y con la persuasión y ejemplo: medios los dos últimos que pusieron en juego las Ordenes mendicantes, distinguiéndose en el primero la de Predicadores, y la de Menores en el segundo. ¿Quién mejor

que unos frailes pobres, de vida humilde y estrecha, podían contrapesar el escándalo causado en el pueblo por aquella sed de riquezas, aquella codicia que Inocencio III lamentaba? Al llegar aquí, antes de conocer la tercer rama de herejías, conviene reseñar sucesos importantes en los anales de la Orden Franciscana. En otro lugar hemos visto cómo, hallándose en Siria San Francisco, surgieron ya algunas dificultades respecto de la observancia de la pobreza. Con esta primer disensión se enlaza el nombre de un hombre muy diversamente juzgado por los cronistas franciscanos: fray Elías, segundo vicario de San Francisco. Fray Elías nació en Asís; era hijo de un pobre colchonero, y después de haber cultivado su natural ingenio con brillantes estudios, ingresó en la Orden de Menores. Nombrado ministro provincial de Toscana, a la muerte de Pedro Catáneo fué electo para reemplazarle en el vicariato y comenzó su amistad con San Francisco, amistad de tal manera estrecha y cariñosa, que, según el verídico cronista Tomás de Celano,—“San Francisco había elegido a fray Elías para que le sirviese de madre, y de padre a los demás frailes”;—añadiendo que, cuando en Siena se agravaron los achaques del Santo,—“fray Elías se apresuró a reunirse con él, y no bien hubo llegado, de tal suerte se mejoró el santo padre, que dejando aquella ciudad pudo irse con él al convento de Cortona”.—Pero queriendo morir en Asís, manifestó sus deseos a fray Elías, que le complació al punto; y hallándose cercano ya a la hora postrimera, hizo que rodeasen su lecho los discípulos predilectos y más allegados a él, a fin de bendecirles; y como a fuerza de lágrimas se había quedado casi de todo ciego, cruzó las manos, a semejanza de Isaac, y su diestra vino a posarse sobre la cabeza de Elías, arrojado al lado izquierdo de la tarima.—“¿Sobre quién tengo puesta la mano derecha?”—preguntó; y cuan-

do se lo dijeron,—“Hijo mío, exclamó, en todo y sobre todo te bendigo; y puesto que en tus manos acrecentó el Altísimo a mis hermanos e hijos, en ti y por ti los bendigo a todos. Bendígate en la tierra y en el cielo el Rey de lo creado. Yo te bendigo como puedo y más que puedo; lo que yo no puedo, hágalo por ti el que lo puede todo. Recuerde Dios tus obras y trabajos, y resérvete la retribución de los justos. Séate otorgada cuanta bendición desees, y cúmplase lo que dignamente pidas.”—Si el texto de esta bendición es literalmente el que pronunciaron los labios de San Francisco—como debe esperarse de la buena fe de Celano, narrador de tan interesante escena,—parece que en él se descubre previsión de los actos posteriores de fray Elías por el conocimiento de su carácter. No falta quien se maraville de que el Santo de Asís otorgue tan afectuosa y amplia bendición al futuro prevaricador fray Elías: si con atención la examinan, descubrirán en ella reticencias y mudarán de parecer. Aquel—“recuerde Dios tus obras y trabajos”—suena a invocación prematura de la misericordia divina; aquel—“cúmplase lo que dignamente pidas”—a restricción expresiva y amenazadora. San Francisco apreciaba en su justo valor las dotes de gobierno de fray Elías, en cuyas manos se acrecentaba la naciente Orden: conocía su solicitud, su esmero en prevenir cuantas dificultades prácticas se ofreciesen, y a eso alude sin duda el cronista cuando dice que servía a San Francisco de madre, y de padre a los demás; con tales cualidades de singular prudencia, agregadas a otras de preclara ciencia, no es mucho que San Francisco le dejase por sucesor en el gobierno de la Orden, tanto más cuanto que, según se desprende de las relaciones de los escritores coetáneos, no cometió Elías en vida de San Francisco culpa alguna, y dió muestras de piedad (33). Hasta 1305 no escribe fray Hubertino de Casal, cuya

imparcialidad es más que sospechosa, y en él por primera vez se lee la anécdota referente a la conducta y palabras con que San Francisco reprendió la relación de la pobreza, causada por fray Elías (34), y aquella otra, donde con razón dice un historiador moderno (35) que Hubertino puso en labios de San Francisco una blasfemia, a saber: que habiendo querido fray Elías dar una comida, hizo sentar a los frailes de más humilde condición al extremo de la mesa; visto lo cual, San Francisco dispuso otra al día siguiente, y colocó a su lado al cocinero y a todos los pospuestos de la víspera, diciendo a Elías y sus parciales:—“Sentaos vosotros por ahí como podáis.”—Y después de áspera reprimenda, añadió increpando a fray Elías:—“Lo que me asombra es que Dios, que sabe bien cómo tú eres, quiera entregar en tus manos la Orden” (36).—Ni parece más digna de crédito la historieta de esconder maliciosamente Elías el original de la segunda regla que le había confiado San Francisco, y del terremoto que estremeció el monte donde el Santo oraba, cuando Elías y los suyos fueron a pedirle que la mitigase. Con menudos pormenores reproduce este cuento un distinguido cronista español (37), defensor acérrimo del zelantismo. Lo más verosímil es que, si San Francisco viviese, contenido Elías por el indudable respeto y amor que le profesaba, no cometiera jamás los desafueros a que le arrastró más tarde su ambición, noble al principio, finalmente desapoderada y funesta. Elías en el siglo hubiera sido hábil hombre de Estado; nacido en las gradas del trono, glorioso príncipe: vasta inteligencia y energía le hacían apto para el mando. Bien demostró su iniciativa y actividad en la erección del gran monumento artístico-religioso levantado en Asís a honra de San Francisco por orden de Gregorio IX. En tres años escasos con la magnífica fábrica, que Elías quiso adornar

todos los primores del arte, se halló lo bastante adelantada para que pudiese trasladarse a ella el cuerpo del Santo. Conocemos el tumulto promovido por fray Elías en tal ocasión; no fué sino preludio de otros disturbios más graves.

En el mismo Capítulo del día de Pentecostés de 1230, se promovió discusión acerca de si era o no lícito a los Menores hacer uso simple del dinero; sostenían la afirmativa los del partido de fray Elías y otros, entre ellos el taumaturgo de Padua, la opinión contraria: llegó la disputa a encenderse más, y los de Elías quisieron colocarle por fuerza en el puesto del ministro general, que lo era entonces fray Juan Parente. A despecho de este escándalo, tres años después fué Elías elegido ministro general, porque aún duraba e influía el recuerdo de su familiaridad con San Francisco. Es justo declarar, con el fiel cronista Salimbene, que cede en alabanza de Elías haber fomentado en la Orden los estudios teológicos, resolución a que se debió la gloria de los Escotos y Mayrones. Pero al mismo tiempo se vió al superior de una religión fundada en humildad y pobreza tener cocinero especial, que le aderezaba delicadas golosinas; rodearse de pajes con librea de colores, y cabalgar en briosos palafrenes, dando ocasión a que el venerable Bernardo de Quintaval, primer socio del Santo de Asís, hiriese el anca del caballo con la mano, y exclamase brotando indignación:—"No dice esto la regla";—y otras veces, tomando el pan negro y la escudilla de palo, se entrase por la cámara donde el General se refocilaba solo, y se sentase con él a la mesa, diciendo:—"Vengo a comer contigo este bien de Dios."—Vióse a fray Elías poseer ameno sitio de recreo en Cortona, donde pasaba la estación calurosa; viósele, ejerciendo despóticamente su autoridad, poner espías al lado de los ministros provinciales y enviarles visitadores, que más bien pare-

cia exactores, según les vejaban y oprimían. Anteponiendo los legos a los sacerdotes para todo cargo, sucedió que bajo su mando los legos obligasen a los sacerdotes a asistir en la cocina, dejando así de celebrarse el santo sacrificio. Consigo llevaba Elías un familiar, Juan de Lodi, especie de verdugo encargado de corregir a disciplinazos a todo fraile que se rebelase. Mientras de tal suerte pastoreaba su rebaño, íbase convirtiendo el sucesor del Pobrecillo de Asís en una potestad secular; su extraordinario talento le había ganado la confianza de los dos mayores personajes que encerraba el orbe, Gregorio IX y Federico II, y cuando en 1238 el podestá de Parma visitó a fray Elías, que iba de camino, y le preguntó el objeto de su viaje, pudo el fraile responder orgullosamente que llevaba embajada del Papa para el Emperador; de un amigo a otro amigo. Mas el mensaje no dió resultado, y el Papa se dejó persuadir por las súplicas de los Menores a convocar Capítulo general: en esta asamblea, que presidió el mismo Pontífice, fué depuesto fray Elías y elegido Alberto de Pisa, a la sazón provincial de Inglaterra. No se hizo la elección sin turbulencias de Elías y los suyos: aseguraba Elías que los frailes, al conferirle el gobierno de la Orden, le habían dicho:—"Ampara nuestra debilidad, aunque comas oro";—y Aimón, santo viejo, alzando las manos trémulas, explicó al Papa:—"Señor, es cierto que le dijimos que comiese oro, mas no que poseyese tesoro."—Al fin el Papa aprobó la elección de Alberto de Pisa; fué tal el júbilo de los frailes al saberlo, que los presentes dijeron no haber visto nunca regocijo igual. Retiróse Elías despechado a Asís, y de allí a Cortona, acompañándole doce o quince adictos, entre ellos el hábil cocinero fray Bartolomé de Padua, que hasta la muerte no le abandonó: al poco tiempo, seguro de haber perdido ya la protección del Papa, unióse al enemigo de

la Iglesia, Federico II, hecho que coronó los escándalos de su vida y atrajo sobre su cabeza el rayo de la excomunión y el odio universal. No fué perdonado a fray Elías el haber contaminado con su fausto la bendita pobreza de San Francisco, tan cara al pueblo, ni menos el adherirse al César alemán, el terrible perseguidor de los Pontífices, invasor de Italia, tenido por ateo, y en cuya corte el profanado hábito franciscano rozaba la hopalanda del astrólogo árabe y el brial de seda de la cortesana. La opinión pública personificó desde entonces en fray Elías al prevaricador y apóstata: acusáronle del misterioso delito de darse a la alquimia y nigromancia, y villanos y niños y mujeres, cuando por los caminos de Toscana encontraban algún fraile Menor, cantaban:

.....  
*Hor attorno fratt' Elya,  
 Ke pres' ha la mala via:*

—“Y a tal cantinela, dice fray Salimbene, que tantas veces escuché yo mismo, los frailes se entristecían y temblaban...”—En suma: Elías, excomulgado por Gregorio IX, y después por Inocencio IV, siguió las huellas de Federico, negociando sus asuntos diplomáticos en Oriente, no sin perjuicio de la Santa Sede y de los intereses de la cristiandad; pero poco antes de su muerte, acaecida en 1253, quiso reconciliarse con la Iglesia y morir en su seno, como lo hizo, recibiendo la absolución del arcipreste de Cortona: antes de expirar, recitó el Miserere, repitiendo:—*Domine, adjuva me propter misericordiam tuam, et propter merita servi tui Francisci, quem indigne et ingrante contempsisti.*

Como se ve, fray Elías no es un hereje, sino un relajado que atentó a la humildad y a la pobreza: otros hallaremos que yerren por querer extremar el rigor

de su observancia. Merece tenerse en cuenta, al tratar de fray Elías, que entre la serie de sus disipaciones, y a pesar de residir en la corte de Federico, monarca disoluto, no se refiere de él (aunque prevaricó siendo todavía joven) el menor exceso en otras materias. Unicamente la ambición, el aseglaramiento, la sed de grandeza y mando, causaron sus extravíos. Ni ha de desconocerse cuánto protegió ciencias, letras y artes, ni cuánto prosperó bajo su mando la Orden, a despecho del ejemplo pernicioso de su conducta. De todas suertes, cabe creer que las cuestiones sobre el uso del dinero, iniciadas en tiempo de Elías, fueron simiente de las que más tarde habían de dividir y desgarrar la familia franciscana.

El mismo año de su elección murió el buen general Alberto de Pisa, para cuyos funerales compuso Gregorio IX el canto *Plange, turba pauperula*. Sucedióle el inglés Aimon de Faversham—el que en el Capítulo general había alzado su voz contra Elías—gobernando sólo tres años; al faltar éste fué elegido el médico Crescencio de Iesi; ya bajo su mando se advirtieron anuncios de zelantismo, y hubo frailes que, invocando la primitiva sencillez, querían particularizarse, señaladamente en el corte del hábito: tendencia que el General combatió. A Crescencio vino a reemplazar el bienaventurado Juan de Parma, insigne en virtudes, a quien fué dada la gloria de preceder a San Buenaventura en el alto intento de reunir la Iglesia griega a la latina. Cuando varón tan ilustre tomó las riendas del gobierno de la Orden Franciscana, mediaba el siglo XIII, y corrían y eran leídas con pasión y entusiasmo las obras de otro hombre singular, el abad calabrés Joaquín de Cosenza. Joaquín nació hacia la mitad del siglo XII; pasó a Tierra Santa a visitar los lugares venerandos donde padeció Cristo; encendió su espíritu ayunando una cuaresma entera con los solitarios del monte Tabor;

vuelto a su patria, vistió el hábito del Cister y se dió a meditar la Biblia y a escribir obras teológicas. Buscando mayor retiro y soledad, dejó su convento y fundó en Flora renombrada abadía con austera regla, que aprobó Celestino IV. Allí, entre mortificaciones, rezos y éxtasis, nacieron aquellas profecías, que, recogidas y compiladas por un compañero suyo, iban de gente en gente, ayudando a esparcirlas la fama de santidad de su autor, a quien los papas incitaban a escribir y consultaban reverentemente los reyes, muy en particular Federico II. Distingúense entre sus obras; el *Salterio de las diez cuerdas*; la *Concordia del Antiguo y del Nuevo Testamento*; *Sobre la sibilica Eritrea y el profeta Merlin*. Místico de sospechosa ortodoxia en algunos puntos de sus escritos, no fué nunca heterodoxo de intención el abad de Flora, y siempre protestó sujetar su juicio al de la Iglesia: tienen sus libros color de apocalipsis; por eso mismo quizás influyen tan poderosamente, no sólo en el pueblo, sino en alguna de las mayores inteligencias del siglo XIII. Santo Tomás no ve en sus profecías luz sobrenatural alguna; pero Dante le coloca en el Paraíso, cantando de él:—"A mi lado resplandece el abad calabrés Joaquín, dotado de espíritu profético" (38).—En sus doctrinas se inspiran beatos como Juan de Parma y herejes como Arnaldo de Vilanova, sin que pueda negarse que el número de los segundos excede al de los primeros (39), y que alguno de los errores magnos del siglo XIII se enlaza íntimamente con las obras del célebre abad. Tres ideas arrancan de éstas, a saber: exaltación desmedida del estado monacal y de la pobreza; profecías a plazo fijo, con sabor milenarista, y por último, la famosa división de las épocas del mundo, correspondientes a Padre, Hijo y Espíritu Santo. Veamos cuánto camino anduvieron pronto tales conceptos.

Al alborear el siglo XIII asoma la herejía univer-

sitaria con Amalarico de Chartres, clérigo que enseñaba lógica en la Facultad de Paris. Las tres personas de la Trinidad Santísima eran para Amalarico manifestaciones sucesivas de la divina esencia, y transcurridos ya los reinados del Padre y del Hijo, principiaba el del Espíritu Santo. Todo cristiano, según Amalarico, se hacía miembro físico y natural de Cristo. Obligado a retractarse, murió el heresiarca lleno de enojo y pesadumbre; pero dejó discípulos que dedujesen consecuencias de su doctrina. Profesaron los amalaricianos cerrado panteísmo: todas las cosas son una sola, porque todo es esencia divina; los mayores crímenes, cometidos con miras caritativas, se justifican; ni infierno ni paraíso existen; el pecador lleva el infierno dentro de sí, y el justo el cielo. La filiación *joaquinista* de los sectarios de Amalarico se revela cuando dicen que el poder del Padre duró mientras regía la ley mosaica, y que habiéndola derogado Cristo, imperó el del Hijo, hasta que con ellos comienza el del Espíritu Santo, por cuya interior infusión todos podían salvarse sin necesidad de ningún acto externo. Consecuentes con el principio de las evoluciones sucesivas y progresivas, separaban las obras de la Trinidad, afirmando que el Padre obra encarnando en Abraham, por el judaísmo; el Hijo, encarnando en María, por el Cristianismo, y el Espíritu Santo, encarnando a cada paso en nosotros, por la ciencia; con lo cual viene la Trinidad cristiana a transformarse en triada india. Resabio de joaquinismo parece también la manía profetizante del corifeo amalariciano Guillermo (40). Obispos y doctores reunidos en la Universidad de Paris condenaron a los jefes de estos sectarios, que perecieron en la hoguera: perdonóse a las mujeres y personas ignorantes que se habían adherido a la secta. Fueron desenterrados y esparcidos los huesos de Amalarico de Chartres, y se entregaron a las llamas